

habian pasado entre el rio y la aldea, las cubren de metralla, y de este modo queda libre Essling.

Hacia treinta horas que duraba esta lucha, cuando sin fuerzas el archiduque Carlos, desesperando de poder arrojarnos al Danubio, y viendo que á él tambien empezaban á faltarle las municiones, toma al fin el partido de suspender aquella cruenta batalla, una de las mas espantosas del siglo y se decide á cerrar la jornada con el envío de cuantos proyectiles y bombas le quedan, sobre los cuerpos situados entre Aspern y Essling. Tambien, mientras que en Aspern los generales Hiller y Bellegarde se encarnizan todavía en disputar algunos restos de aquella desventurada aldea, hácia el centro y hácia Essling manda el archiduque Carlos cesar los ataques, y se limita á traer la artillería para tirar sobre nuestras líneas desesperadamente. A un peligro de esta especie no hay mas que oponer una fria inmovilidad. Nuestra artillería, desmontada en gran parte, se pára como ya lo habia hecho en el borde del foso que nos resguardaba, disparando de intervalo en intervalo para dar tiempo á que concluya el dia. La infantería se situa detrás medio cubierta con el terreno, y mas atrás todavía nuestra hermosa caballería, presentando dos frentes, uno de Essling á Aspern para proteger el centro de la posicion, y el otro á la vuelta para cubrir el espacio entre Essling y el rio. Por último, la guardia imperial, presentando dos frentes paralelos á los de la caballería, permanece impassible bajo las bombas, y solo se oye en medio del cañoneo este grito de los oficiales: «Estrechad las filas!» Efectivamente, es la única maniobra que puede ejecutarse hasta que llegue la noche, porque es

imposible ni alejar al enemigo, ni librarse de sus tiros por el puente que conduce á la isla de Lobau. Esta retirada por una sola salida no puede verificarse sino á favor de la oscuridad, y, en el mes de mayo, es preciso esperar algunas horas todavía las bienhechoras tinieblas que deben favorecer nuestra partida.

Napoleon no habia cesado durante el dia de mantenerse en el ángulo que describia nuestra línea de Aspern á Essling, y de Essling al rio, á donde iban á dar tantas balas. Varias veces le habian instado que pusiese á cubierto una vida de la que dependia la de todos; pero no quiso mientras pudo temerse un nuevo ataque. Ahora que exhausto el enemigo se limitaba á un cañoneo resolvió reconocer por sus propios ojos la isla de Lobau, escoger en ella el mejor sitio para el ejército, y tomar, en una palabra, todas las disposiciones para la retirada. Seguro de poseer á Essling que ocupaban los restos de la division Boudet y los fusileros, mandó preguntar á Massena si podia contar con poseer á Aspern, pues con tal que estos dos puntos quedaran por nuestros, era segura la retirada del ejército. El oficial de estado mayor Cesar de Laille, enviado á Massena, le halló sentado en unos escombros, muerto de fatiga y con los ojos inflamados, pero lleno como siempre de energía. Le comunicó la orden, y Massena, levantándose respondió con un acento extraordinario: «Decid al emperador que me mantendré aqui dos horas, seis, veinte y cuatro si es preciso, mientras sea necesario para salvar al ejército.»

Tranquilizado Napoleon con respecto á aquellos dos puntos, se dirigió al instante hácia la isla

de Lobau, mandando decir á Massena, Bessieres y Berthier que así que pudieran dejar el puesto confiado á su custodia, fuesen á reunirse con él á fin de concertar la retirada que debia verificarse por la noche. Corrió al brazo de rio mas pequeño, que se desliza entre la orilla izquierda y la isla de Lobau, y vió se habia convertido en un gran rio, sabiendo tambien que varias veces habian puesto en peligro el puente que servia para atravesarlo los molinos que arrojaba el enemigo. El aspecto de sus bordes era para desgarrar el corazon. Largas hileras de heridos, unos arrastrándose como podian, y otros llevados en brazos de los soldados, ó puestos en el suelo esperando que los trasportaran á la isla de Lobau; ginetes desmontados tirando las corazas para andar con mas facilidad; una multitud de caballos heridos dirigiéndose por instinto hácia el rio para saciar su sed, y enredándose en las amarras del puente no sin ponerlo en peligro; centenares de trenes de artillería medio rotos; una confusion indecible y ayes de dolor, tal era la escena que se ofrecia, y que traspasó de pena á Napoleon. Apeóse del caballo, cogió agua con las manos para refrescarse el rostro, y descubrió una litera formada con ramas de árboles en la que yacia Lannes á quien acababan de hacer la amputacion: corrió á él, le estrechó en sus brazos, le manifestó esperaba vivir, y le encontró, aunque heroico como siempre, sintiendo amargamente verse arrebatado tan pronto á la carrera de la gloria. «Vais á perder, le dijo Lannes, á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel compañero. Vivid y salvad al ejército.» La malevolencia que empezaba á desencadenarse contra Napoleon, y á la cual harto habia

él provocado por desgracia, esparció entonces la voz de que Lannes le reconvino en su hora postrera, pero no hay nada de esto. Lannes acogió con una especie de satisfaccion convulsiva los abrazos de su soberano, y espresó su dolor sin mezclar una palabra amarga siquiera. Tampoco era necesario, porque ¿qué mas reconvenciones, qué reconvenciones mas crueles podia haber para Napoleon, si recordaba lo que tantas veces habia dicho sobre los peligros de aquellas guerras continuas, que el espectáculo de dos piernas cortadas á Lannes, la muerte de otro héroe de Italia, Saint-Hilaire, herido aquel dia, y la horrible hecatombe de cuarenta á cincuenta mil hombres tendidos por tierra? Napoleon, despues de volver á abrazar á Lannes, y díchose seguramente á sí propio lo que el héroe moribundo no le dijo, pues el genio que ha cometido faltas es el juez mas severo de sí mismo, montó á caballo, y quiso aprovechar lo que quedaba de dia para visitar la isla de Lobau, y tomar sus disposiciones de retirada. Despues de recorrer la isla en todas direcciones y de examinar por sus propios ojos los diversos brazos del Danubio, que convertidos en verdaderos brazos de mar, arrastraban los restos que el agua arrancaba en la parte alta de las orillas, adquirió la conviccion que el ejército hallaria en la isla de Lobau un campo atrincherado en que seria inespugnable, y en que podria resguardarse dos ó tres dias esperando se volviera á establecer el puente grande. El brazo pequeño que la separaba de los austriacos, era imposible que estos lo atravesaran teniendo á Massena delante, dispuesto á disputarles el paso; la anchura de la isla no permitia al enemigo hacerla

por medio de las bombas, inhabitable para nuestros soldados; por último, empleando cuantos barcos habia en la orilla derecha, se conseguiría llevar víveres y municiones, de manera que el ejército tuviese medios con qué subsistir y defenderse. Tomadas estas medidas tan pronto como las concibió, Napoleon volvió por la noche hácia el brazo pequeño, al cual se habia trasladado Massena luego que creyó podia confiar á sus oficiales la custodia de Aspern. El mariscal Bessieres, el mayor general Berthier, unos cuantos gefes de cuerpo, y el mariscal Davout, habian acudido en barcas de la orilla derecha, y estaban reunidos en el lugar designado al borde del Danubio, en medio de los restos de aquella siniestra jornada, para celebrar un consejo de guerra. No tenia Napoleon por costumbre convocar esa especie de consejos, en los cuales busca, sin encontrarlas, resoluciones que no sabe tomar el hombre de ánimo vacilante. Aquella vez necesitaba no pedir parecer á sus lugartenientes, sino manifestarles su modo de pensar, inculcarles sus ideas, animar á los que estaban decaidos, pues es seguro que aunque nunca se turbaba su valor bélico, su espíritu no abarcaba lo bastante las dificultades y recursos de la situacion, para que hasta cierto punto no se mostraran sorprendidos, turbados, abatidos; porque es mas raro tener carácter para soportar los reveses que heroismo para arrostrar la muerte. Napoleon, tranquilo, confiado, porque veia en lo sucedido un puro contratiempo que nada tenia de irreparable, provocó á los oficiales que estaban presentes á que dijeran su modo de pensar, y al oirles, pudo convencerse que aquellas dos sornadas habian causado una fuerte impresion, y

que algunos de sus lugartenientes eran partidarios de la resolucion de volver á pasar sin tardanza, no solo el brazo pequeño á fin de retirarse á la isla de Lobau, sino tambien el brazo mas ancho á fin de reunirse lo mas pronto posible al resto del ejército, á riesgo de perder todos los cañones, todos los caballos de la artillería y los de remonta, doce ó quince mil heridos, y en fin el honor de las armas. Apenas se dejó entreveer semejante pensamiento, tomó la palabra Napoleon con la autoridad que le correspondia, y con la confianza, no fingida sino sincera, que le inspiraba la estension de sus recursos, espuso de este modo la situacion de las cosas. Dura habia sido la jornada, dijo, pero no podia considerarse como una derrota, puesto que se habia conservado el campo de batalla, y era maravilla retirarse sanos y salvos despues de semejante lucha, con un rio inmenso á la espalda y con los puentes destruidos. En cuanto á los heridos y muertos, grande era la pérdida, mayor que ninguna de las que habiamos sufrido en nuestras largas guerras; pero la del enemigo debia ser una tercera parte mas considerable: podia, pues, estarse seguro, afirmó Napoleon, que los austriacos se mantendrian tranquilos durante largo tiempo, y que habria espacio para reunir el ejército de Italia que llegaba victorioso á través de la Stiria, traer á las filas las tres cuartas partes de heridos, sacar de Francia los numerosos refuerzos que estaban de marcha, y establecer en el Danubio puentes de madera tan sólidos como los de piedra, y gracias á los cuales el pasar el rio seria una operacion ordinaria. Añadió Napoleon que asi como así, cuando los heridos hubiesen vuelto á las filas, serian solo diezmil hom-

bres los que tendríamos de menos, mientras que por parte del contrario serian quince mil; que todo estaria reducido á que la campaña durase dos meses mas; y que á quinientas leguas de París sosteniendo una gran guerra en el seno de una monarquía conquistada, hasta en medio de su capital, un contratiempo de aquella especie no era de admirar para hombres de valor, sino muy natural, y aun venturoso, si se pensaba en las dificultades de la empresa, la cual consistia en pasar delante de un ejército enemigo el rio mas grande de Europa, para ir á dar una batalla á la parte opuesta. No habia, pues, motivo, segun él, ni para alarmarse ni para desmayar, sino, por conveniencia y necesidad, hacer un movimiento de retroceso, esto es, volver á pasar el brazo pequeño del Danubio, para encerrarse en la isla de Lobau, y aguardar allí á que bajaran las aguas y se hubiesen establecido puentes en el brazo ancho; movimiento fácil que se haria de noche, sin inconveniente, sin perder ni un herido, ni un caballo, ni un cañon, y sobre todo el honor de las armas. El movimiento retrógrado tan deshonoroso como fatal, seria volver á pasar no solo el brazo pequeño, sino el grande, teniendo que hacerlo con respecto á este, ya bien ya mal, con barcas que solo podrian trasportar á los hombres válidos, sin un cañon, ni un caballo, ni un herido, renunciando sobre todo á la isla de Lobau, que era una conquista preciosa, y el verdadero punto para el paso ulterior. De obrar de esta suerte, si en vez de sesenta mil hombres con que habia salido, se volvía con cuarenta mil, sin artillería, sin caballos, y abandonando diez mil heridos por lo menos capaces de servir dentro de un mes, se haria bien en

no presentarse á los vieneses, quienes colmarian de desprecio á sus vencedores y no tardarian en llamar al archiduque Carlos para arrojar á los franceses de una capital en que ya no eran dignos de permanecer. Y en este caso era preciso prepararse, no á emprender una retirada sobre Viena, sino sobre Strasburgo: entonces el príncipe Eugenio, que caminaba hácia Viena, hallaria allí al enemigo en vez del ejército francés, y pereceria en aquella madriguera; los aliados que ahora estaban asustados, se convertirian en traidores por debilidad, y se volverian contra nosotros; la fortuna del imperio vendria á tierra, y la grandeza de la Francia quedaria destruida en unas cuantas semanas. En una palabra, Napoleon anunció con claridad como si debiera realizarse dentro de quince dias, cuanto su política le atrajo cinco años mas tarde, si en vez de retirarse con fortaleza de ánimo á la isla de Lobau, se tenia la flaqueza de atravesar precipitadamente el Danubio, dejando en la otra orilla á sus camaradas heridos, el material y la honra. Por otra parte para obrar como él aconsejaba, pocos esfuerzos se necesitaban, reduciendose todo á que Massena se mantuviese en Aspern hasta media noche, desfilase en seguida con el ejército por el puente pequeño, defendiese la isla de Lobau á la mañana siguiente contra las empresas del enemigo, y esperara detrás del brazo angosto del Danubio los víveres y las municiones que se le iba á enviar en barcos. Durante este tiempo se restableceria el puente grande, y si, contra toda verosimilitud, el archiduque Carlos se atrevia á hacer una tentativa, bajando hácia Presburgo ó subiendo hasta Krems para trasladarse á la orilla derecha, y venir

á disputarnos Viena, el Mariscal Davout le haría frente con sus treinta mil hombres que valian por sesenta mil austriacos, con el resto de los coraceros, y la caballería de la guardia que aun no habian pasado los wurtembergenses, los bávaros y los sajones. «Ea pues, Massena, y vos, Davout, les dijo, vivid y salvareis al ejército, mostrándoos dignos de lo que ya habeis hecho.» Massena descontento á menudo, y que hasta habia criticado amargamente la precipitacion con que se habia pasado el Danubio, entusiasmado al ver tanta razon y firmeza, cogió la mano á Napoleon, y le dijo: «¡Señor, sois un hombre de valor, y digno de mandarnos! No, no huiremos como unos cobardes á quienes se ha vencido. Mal nos ha servido la fortuna, pero somos victoriosos no obstante, porque el enemigo, que deberia habernos precipitado en el Danubio, ha mordido la tierra delante de nuestras posiciones. No perdamos nuestra actitud de vencedores, limitemonos á volver á pasar el brazo pequeño del Danubio, y os juro que anegaré en él á cuantos austriacos quieran pasarlo tras de nosotros.» Davout prometió por su parte guardar á Viena, y rechazar cualquier ataque que viniese por Presburgo ó por Krems, durante la operacion de restablecer los puentes, operacion despues de la cual, reunido el ejército en una sola orilla, nada tendria ya que temer del archiduque Carlos.

Todos los corazones alentaron con aquel consejo celebrado al borde del Danubio, bajo las últimas bombas lanzadas por los austriacos, y se convino en que Massena tomara el mando en jefe del ejército, y emplearia la noche en pasar el brazo pequeño, mientras que Napoleon, volviendo á pasar

el ancho brazo con Berthier y Davout, iria á dirigir en persona las dos operaciones que mas urgian, el envío á la isla de Lobau de municiones de guerra y de boca, y el restablecimiento del puente grande. En fin, separáronse consolados, resueltos y confiados unos en otros. Mientras que Massena volvia á Aspern, Napoleon se trasladó á través de la isla de Lobau hácia la márgen del brazo principal del Danubio, despues que dió todas sus órdenes. Trabajo le costó atravesar varios arroyos que se habian formado en lo interior de la isla de resultas de la avenida de aguas, pero llegó entre once y doce de la noche al borde del Danubio, y quiso pasarlo inmediatamente. Grave era el peligro, porque ademas de que reinaba una oscuridad profunda, era preciso arrostrar los enormes cuerpos flotantes que arrastraba la corriente, y que tropezando en la frágil barca en que iba á entrar Napoleon, podian sumergirla; pero no habia que vacilar en presencia de los grandes deberes que faltaban por cumplir, y con la misma confianza que César, en medio de las olas del Epiro, Napoleon se embarcó en una lancha, acompañado de Berthier y de Savary, conducido por unos cuantos pontoneros intrépidos, que le trasportaron sano y salvo á la otra orilla. Apenas desembarcó en Ebersdorf dió sus primeras órdenes para traer á aquel punto todas las barcas disponibles, llenarlas de galleta, vino, aguardiente, cartuchos de cañon, y objetos de vendaje, y dirigirlas sobre la isla de Lobau. Los barcos desatados del puente grande, bastaban por el momento para llevar lo necesario al ejército á la otra parte del rio: aquella misma noche, pues, se dió principio á la operacion, ó mas bien, continuó con actividad,

porque despues de la ruptura del puente, ya se habia recurrido á este medio durante el dia.

Entretanto, Massena, con la investidura de gefe, corrió á Essling y Aspern para preparar la retirada. Los ataques directos contra estos dos puntos habian cesado, y los austriacos se entretenian en hacer fuego de cañon, cada vez mas lento, á medida que se iba acercando la noche, y que de vez en cuando, aqui ó alli, hacian algunas víctimas en la oscuridad. Nuestros adversarios muertos de cansancio, se dejaban caer sin fuerzas en aquel campo, que era una carniceria, mientras que la vigilancia, indispensable en nuestra critica posicion, nos obligaba á nosotros á mantenernos en pie, bien, que en cuanto á cansados, lo estábamos lo mismo que los austriacos. A eso de media noche, Massena hizo que principiara la retirada por la guardia imperial, que era la que se hallaba mas inmediata al rio, disponiendo que cada cuerpo desfilara por el puentecillo con sus heridos y cañones: solo debian dejar los muertos, cuyo número, por desgracia, era harto considerable. Despues de la guardia vino la caballería pesada, y como muchos soldados habian arrojado las corazas, Massena las mandó recoger á los ginetes desmontados, no queriendo abandonar al enemigo, sino los menos trofeos posibles. Parte de la caballería lijera permaneció en línea con los volteadores para aparentar resistencia delante de Essling y Aspern. Luego desfilaron á su vez las divisiones Saint-Hilaire y Oudinot, llevándose cada una de ellas los heridos que todavia le quedaban en el campo. Siguieron las divisiones Legrand, y Carra Saint-Cyr, y por último, al rayar el dia 29, dejando á Essling y As-

pern los generales Boudet y Molitor, penetraron en el bosque que cubria el punto entrante del rio, escoltado por un enjambre de sus tiradores. Agobiado de fatiga el enemigo no advirtió el movimiento de retroceso de nuestras tropas: únicamente á las cinco ó las seis de la mañana, viendo que nuestros puestos avanzados iban desapareciendo poco á poco, concibió la sospecha de que habiamos emprendido la retirada, y pensó en seguirmos, pero lo hizo lentamente, sin inquietarnos mucho. Con todo, entró en Essling, y así que llegó á la márgen del rio pudo descubrir el puentecillo por el que iban pasando nuestras últimas columnas. Al punto dirigió sus disparos de cañon hácia aquella parte, mientras que desembocando sus tiradores á través del bosque, nos breaban á balazos. Massena, con algunos oficiales de su estado mayor se habia quedado en la orilla izquierda, resuelto á pasar el último, y aunque no faltó quien le manifestase que nuestros puestos empezaban á ser acosados vivamente, que él podia ser asaltado de pronto, y que habia llegado el momento de replegar el puente, y poner fin á aquella resistencia sin ejemplo, nada quiso oír mientras descubrió en la orilla izquierda algo que salvar. Corriendo en todas direcciones, se aseguró por sí mismo de que no se dejaba un herido, un cañon, un objeto de algun valor, con cuya posesion pudiera enorgullecerse el enemigo. Mandó recoger tambien todos los fusiles que pudo, todas las corazas arrojadas á lo largo del Danubio, y como viese aqui y alli caballos heridos y sin dueños, que vagaban al borde del agua, hizo que los echaran hácia el rio para obligarlos á que lo atravesaran á nado. Al fin, no teniendo ya nada que hacer en aquella orilla,

convertida en terreno enemigo, y bajo una lluvia de balas disparadas por los tiradores, se embarcó el último, tan arrogante como cuando salía de Génova en una simple embarcación bajo el fuego de la escuadra inglesa. En seguida mandó cortar las amarras del puente, al que la corriente llevó bien pronto á la otra orilla, y al cabo de unos cuantos minutos se hallaba en la isla de Lobau, contentándose los austriacos con presenciar la retirada voluntaria de sus adversarios.

Así terminó aquella batalla de dos días, una de las más sangrientas del siglo, y que comenzó la serie de esas abominables matanzas de los últimos tiempos del imperio, en que se destruía en una jornada el equivalente de la población de una gran ciudad. Difícil es fijar el número de muertos y heridos respecto á esta lo mismo que respecto á las demás. La pérdida de los austriacos puede calcularse en veinte y seis ó veinte y siete mil muertos y heridos (1), y en quince ó diez y seis mil de los franceses. Por nuestra parte, la penuria de los recursos en la isla de Lobau durante los primeros momentos, debía hacer que las heridas fuesen en extremo peligrosas. La enorme diferencia en las pérdidas se explica en que los austriacos siempre combatieron á pecho descubierto, y nosotros al contrario, estuvimos resguardados durante parte de

(1) Su boletín oficial confesaba veinte mil, y como se sabe hasta qué punto desfiguraban la verdad en ventaja suya, debe suponerse un número infinitamente más considerable. Con arreglo á diversos documentos que existen en el archivo de la Guerra, y que emanan de los mismos austriacos, me fijó en el número indicado aquí.

aquellos dos días con algunos obstáculos propios del terreno. En cuanto á prisioneros, no los hubo por ninguna parte; á escepción de algunos centenares cogidos en Aspern y Essling y enviados á la isla de Lobau. Era una batalla sin otro resultado que una abominable efusión de sangre, efusión, como se acaba de ver, más grande por lo que respecta al enemigo que con respecto á nosotros, y que nos dejaba todos nuestros medios de paso, puesto que nos dejaba la isla de Lobau. La consecuencia de mayor gravedad de aquellas dos jornadas de Essling, era lo que se iba á decir de ellas, las exageraciones de nuestros enemigos, prontos á publicar en Alemania y en toda Europa que los franceses estaban vencidos, derrotados completamente y en plena retirada. Ahora bien, combatiendo como combatía Napoleón en medio del continente dispuesto á insurreccionarse contra él, obligado á mantenerse en el seno de la capital enemiga, donde cuatrocientos mil habitantes no aguardaban otra cosa que una señal para sublevarse, y teniendo como tenía necesidad la retaguardia de caminos seguros para traer sus refuerzos, no podía pasarse sin el prestigio de su invencibilidad. Materialmente, era más fuerte puesto que había perdido menos que su contrario, y había templado el corazón de su bisoño ejército en una prueba formidable; pero moralmente era más débil porque sus enemigos iban á triunfar de una pretendida derrota, que en realidad era una victoria, pues sostener semejante lucha con los puentes destruidos era lo mismo que vencer. En cuanto á su conducta como general, no se podía menos que admirar la elección de la isla de Lobau, elección que había hecho

fuese posible una operacion impracticable en cualquier otro caso, y que permitia que una posicion desastrosa, de donde no debia haberse salido sino anegados ó prisioneros, acabara por ser una retirada fácil y poco combatida. Empero debia censurarse la precipitacion con que Napoleon se empeñó en atravesar el rio en semejante estacion, antes de haber reunido medios suficientes para verificar el paso: seguramente era censurable en esto, pero excusaban tantos motivos su impaciencia de ocupar las dos orillas del Danubio, que puede perdonarse haber contado demasiado con la fortuna, por el deseo de ahorrar tiempo. Su verdadero error, su error eterno era esa política desenfadada que despues de haberle llevado al Niemen de donde volviera á fuerza de milagros, le habia llevado en seguida al Ebro y al Tajo, de donde habia vuelto dejando alli sus tropas mas brillantes, y lo arrastraba ahora de nuevo al Danubio, donde no lograba sostenerse sino por medio de otros milagros, milagros cuya série podia interrumpirse al primer momento, viniendo á parar en desastres. Este es, lo repetimos, su error, pues si como general cometia faltas, lo hacia por la influencia fatal que ejercia en él una política imprudente.

En cuanto al archiduque Carlos, muy criticado despues, por sus compatriotas sobre todo, porque regularmente donde se recoge cosecha mas abundante de amargura es entre sus conciudadanos, desplegó gran energia, digase lo que se diga, y aquel á quien le parezca asombroso que no hubiese precipitado al ejército francés en el Danubio, olvida lo fuerte de las posiciones escogidas por su adversario, y la imposibilidad de arrancar las

aldeas de Essling y Aspern á sesenta mil franceses mandados por Lannes y Massena y reducidos á vencer ó morir; olvida las ventajas de la isla de Lobau, á la que, quedando por nosotros Essling y Aspern, era fácil volver, convirtiéndose entonces en un asilo inviolable. Querer forzar el brazo estrecho delante de Massena sin tener puente, y aun teniendo uno, hubiera sido en el generalísimo austriaco una empresa insensata, por cuyo intento le han censurado mucho hombres que habrian sido incapaces de ejecutarla. Lo que con mas razon han dicho ciertos jueces imparciales, es que durante la batalla estendió demasiado el semicírculo trazado alrededor de los franceses, y que lo estendió hasta el punto de ser cortado por el centro, así como que reconcentrándose mas á su derecha y empleando todas sus fuerzas en abrir un portillo hácia Aspern, hubiera tenido tal vez mas probabilidad de interponerse entre nosotros y el Danubio. Al repetir estas críticas, preciso es añadir tambien que si hubiera obrado de esta suerte, habria hallado probablemente en Aspern las fuerzas que no hubiese atraído á otra parte, y que se hubieran dirigido hácia el punto que esclusivamente atacase. Despues de una lucha tan atroz y de tan heróicos esfuerzos, es menester saber admirar la abnegacion y callar, cualquiera que sea el resultado, ante actos de energia y que raramente han igualado los hombres.

Durante los días que se siguieron es cuando el archiduque Carlos hubiera podido ejecutar cosas que ni siquiera intentó. Efectivamente, el ejército francés dividido en dos por el caudal principal de aguas del rio, estando una parte de él en la isla de



Lobau, y otra en la orilla derecha del Danubio, se hallaba en una posicion critica. De seguro que Napoleon cuando en su juvenil ardor proseguia con tanta actividad sus triunfos siendo general de Italia, no hubiese dejado escapar la ocasion que se ofrecia en aquel instante. Con efecto, si al archiduque Carlos le era imposible forzar el brazo pequeño del rio que le separaba de la isla de Lobau, y forzarle teniendo delante á Massena con los cuarenta y cinco mil hombres que le quedaban, no era ni con mucho tan imposible intentar mas arriba ó mas abajo de Viena una de esas operaciones de paso que Napoleon temia tanto, y contra cuya realizacion habia empleado tantas y tan ingeniosas precauciones.

Si en efecto, el archiduque Carlos hubiera marchado sobre Presburgo, atravesado el Danubio, y subiendo la orilla derecha, ido á atacar al mariscal Davout, quien no hubiese tenido cuarenta mil hombres que poder oponerle, no hay duda que hubiera contado con soberbias probabilidades de hacernos sufrir un desastre; pero tambien hubiera tenido alguna que otra de sufrirlo él, pues hubiera necesitado nada menos que dos dias para bajar el Danubio, y otros dos para volver á subirle, siendo muy probable que en estos cuatro dias, restablecido momentaneamente el puente grande, permitiese al ejército francés pasar otra vez á la orilla derecha. En este caso el archiduque Carlos se hubiera encontrado con ochenta mil hombres que combatir, no pudiendo él llevar sino setenta mil á lo mas, pues la batalla de Essling le habia costado veinte y seis ó veinte y siete mil: podia pues, ser arrollado, destruido, y arrojado á Hun-

gria hecho trizas. Otra operacion tan arriesgada pero mas decisiva aun, si salia bien, quedaba por intentar, cual era, en vez de bajar el Danubio, volver á subirle al contrario, reunir los veinte y cinco mil hombres de Kollovrath, con lo que hubiera ascendido el ejército austriaco á noventa y cinco mil combatientes, atravesar el rio por uno de los puntos que se hallan entre Krems y Linz, sorprender alli el paso contra los sajones de Bernadotte ó los wurtembergenses de Vandamme, y desembocar á espaldas de Napoleon. Aqui era menos seguro el paso, puesto que habia que disputarlo, pero ofrecia grandes probabilidades de buen éxito contra las tropas que guardasen el rio, se hacia con veinte y cinco mil hombres mas, producia una concentracion de fuerzas superior á todas las que Napoleon podia ejecutar en aquel momento, no exigia sino dos ó tres dias, proporcionaba el medio de batir en detall, antes que se reunieran, á los sajones, los wurtembergenses y las divisiones del mariscal Davout dispersas entre Saint-Polten, Viena y Ebersdorf, y, en fin, en caso de salir bien, colocaba á Napoleon en la posicion del general Melas despues de la batalla de Marengo. Empero tambien poniendo á semejante adversario y á un ejército como aquel en semejante apuro, provocaba de su parte esfuerzos extraordinarios, un denuedo del que era preciso lisonjearse poco poder triunfar, y de consiguiente peligros inmensos. Por lo mismo que este plan era mas decisivo sobre ser mas arriesgado, era menos de presumir por parte del archiduque.

Sea lo que fuere de estas diferentes combinaciones, lo cierto es que el archiduque Carlos discurs-

rió, ó por mejor decir, obró de otra manera, pues en estas ocasiones no se discurre, sino se obra por instinto con arreglo al carácter de cada cual; y no hubiera sido un error si siguiendo el plan mas conforme á su carácter, hubiese hecho el generalísimo todo lo posible y conveniente en el sistema que adoptase. Hasta el 23 de mayo, esto es, á la mañana siguiente de las dos jornadas del 21 y el 22, no supo si era vencedor ó no, y si bien escribió á todas partes diciendo que si lo era, no estaba sinceramente convencido de ello, pues al mismo tiempo que habia impedido á Napoleon ir á parar á la otra parte del Danubio, no habia podido impedirle que se retirara pacíficamente á la isla de Lobau, guardara su campo de batalla, y sobre todo conservará medios para pasar el rio ulteriormente. Además de que podia tenerse por dudosa su victoria, resentíase cruelmente el archiduque de aquellas dos jornadas de combates encarnizados. Su ejército disminuido en cerca de una tercera parte, estaba exhausto de fuerzas, y en un estado de abatimiento que no tienen en cuenta los que juzgando á los generales despues de un hecho de armas, les echan en cara el no haber seguido planes en que no habia que pensar siquiera de tocar la realidad de las cosas. Lo que es en cuanto á su persona, hallábase poco dispuesto á volver á empezar, pues siendo la vez primera que luchaba frente á frente con Napoleon sin haber sucumbido, asombrado de este triunfo inusitado, queria gozarse en él antes de correr nuevos riesgos. En sus pérdidas, en lo insuficiente de las fuerzas que le quedaban, y en la destruccion de sus municiones consumidas enteramente, tenia motivos

para esperar, y gozar descansado del placer que causa un triunfo que no se aguarda, siendo preciso reconocer no faltan algunas consideraciones sensatas que poder hacer valer en favor de este modo de conducirse. Con efecto, podia decirse que el tiempo era una ventaja para él, y que no perecer era mucho batiéndose como se batia en su país con recursos á mano y rodeado de todas las simpatías de la Alemania, la cual no pedia mas que una ocasion para alzarse. Podia decir que Napoleon al contrario, á muchos centenares de leguas de su frontera, viviendo en medio de poblaciones enemigas, en el seno de una capital conquistada y que se estremecia de cólera, manteniéndose en ella únicamente por el prestigio de su invencibilidad, necesitaba para poder mantenerse estando continuamente brillantes golpes, y sobre todo acabar pronto para acabar de una vez de salvar su honra; que con respecto al general francés, pasar el Danubio era condicion indispensable de cualquier hecho favorable definitivo, siendo una derrota moral tanto como material habérsele frustrado el paso; y que valia mas de consiguiente, insistir en oponerse un género de obstáculo que era el único que hasta entonces le habia detenido, y perseverar en una táctica que habia salido bien, que ir á ofrecerse por blanco de sus tiros, y aventurar batallas dudosas, intentando un paso arriesgado mas arriba ó mas abajo de Viena. El archiduque Carlos podia hacerse, y se los hizo, estos racionios prudentes y que hasta merecian ser aprobados, si adoptando un plan por el estilo, lo seguia en todas sus consecuencias, y si empleaba el tiempo que iba á trascurrir en reforzar el ejército aus-